

LA PENÍNSULA DE LAS CASAS VACÍAS

David Uclés

Siruela Nuevos Tiempos





Querido/a lector/a:

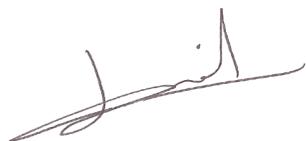
Hace quince años me propuse escribir una Macondo íbera, un texto costumbrista que siguiera los pasos de una familia olivarera durante los pasados años treinta — basada en los testimonios orales de la mía — y que contara toda la guerra civil española, desde la Segunda República hasta el exilio, pero deconstruyendo la Historia y volviéndola a ensamblar, de la mano de Lorca y José Luis Cuerda, de Rushdie y Günter Grass. Gracias a la beca Leonardo, recorrí todo el país investigando las huellas geográficas y humanas del conflicto. 25 000 kilómetros más tarde y casi doscientos meses después, puse punto final a esta novela.

He aquí pues la historia de una Iberia agonizante donde lo fantástico apuntala la crudeza de lo real; donde los anónimos miembros de un extenso clan de olivareros de Jándula cruzan sus destinos con los de Alberti, Unamuno; Rodoreda, Zambrano y Kent; Hemingway, Orwell y Bernanos; Picasso y Mallo; Azaña y Foxá, entre otros; donde lo épico y lo costumbrista se entrelazan para tejer un portentoso tapiz, poético y grotesco, bello y delirante.

La historia de un soldado que se raja la piel para dejar salir la ceniza acumulada, de un poeta que cose la sombra de una niña tras un bombardeo, y de un maestro que enseña a sus alumnos a hacerse los muertos; de un general que duerme junto a la mano cortada de una santa, de un niño ciego que recupera la vista durante un apagón, y de

una campesina que pinta de negro todos los árboles de su huerto; de un fotógrafo extranjero que pisa una mina cerca de Brunete y no levanta el pie en cuarenta años, de un gernikarra que conduce hasta el centro de París una camioneta con los restos humeantes de un ataque aéreo, y de un perro herido cuya sangre teñirá la última franja de una bandera abandonada en Badajoz.

Muchas gracias y feliz lectura,



David Uclés



© Miquel González

David Uclés (Úbeda, 1990), licenciado y máster en Traducción e Interpretación, es, además, escritor, músico y dibujante. Ha publicado las novelas *El llanto del león* (Premio Complutense de Literatura, 2019) y *Emilio y Octubre* (2020). *La península de las casas vacías* es el fruto de quince años de trabajo y de un exhaustivo viaje de documentación y memoria por la geografía española. Para su creación, ha recibido las becas Leonardo y Montserrat Roig.

PUBLICACIÓN: marzo de 2024
NUEVOS TIEMPOS n.º 531
Ficción contemporánea
700 págs. rústica con solapas
Thema: FBA

ISBN: 978-84-19942-31-9
PVP: 25,00 / 26,00 €
Disponible en e-book



9 788419 942319

Todos los miembros de mi familia sin excepción provienen del mismo pueblo, Quesada, llamado Jándula en esta novela. Vivieron la Guerra Civil y a ellos dedico el libro

A mi tatarabuelo Jorge, que traía el correo y el pescado al pueblo en serones

A mi tatarabuelo José, que, inválido, enseñó a hacer pan a mi abuela desde la cama

A mi tatarabuela María Lucas, quien alejaba a sus nietos para no contagiarles la vejez

A mi tatarabuelo Felipe, que al llegar de la guerra se metió en la cama y no salió más

A mi bisabuelo Luis, que tuvo que emigrar por no entregar un rifle a la milicia

A mi bisabuelo Papa Lolo, que no se quitaba su bufanda morada ni en verano

A mi bisabuela Julia, que colgó la guitarra eternamente tras la muerte de una hija

A mi bisabuelo José, que vivió bajo el mismo techo que el pintor Rafael Zabaleta

A mi tía abuela Juana, a quien el día de la boda de su hermana se le ahogó el hijo

A mi tío abuelo Antonio, que apuntaba a la tele cuando salía Franco y gritaba «¡pum!»

A mi tío abuelo Fernando, que se quedó mudo de pequeño por una meningitis

A mi tío abuelo Jorge y su hermana Tíscar, a quienes el peso de la tierra les abrió las puertas del cielo

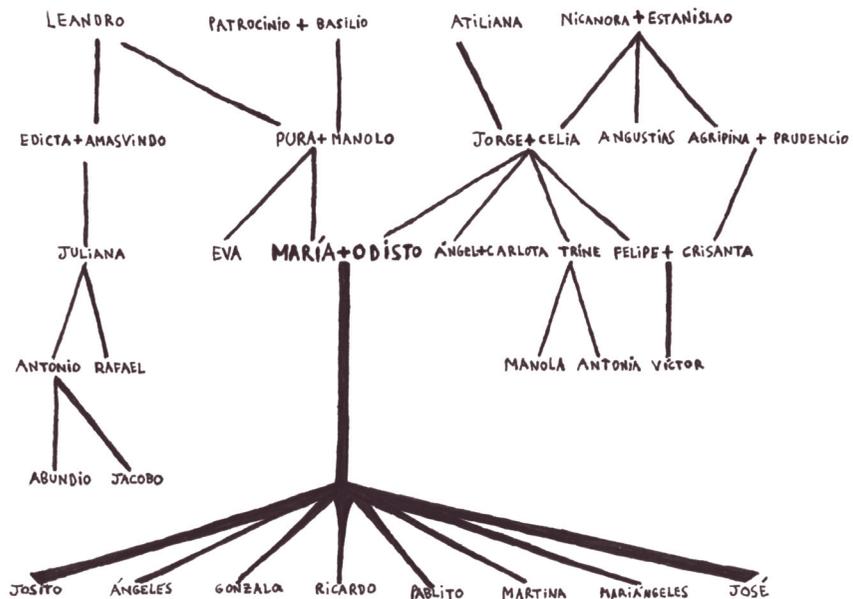
A mi abuela Josefa, por las lámparas de frutos secos y la ternura que nos dio en vida

A mi abuelo Francisco, que luchó en la campiña cordobesa y volvió asqueado

A mi abuela Che, que sigue llamándome «lucero», por contarme cómo se vivía antes

A mi abuelo Luis, por dejarme mezclar sus cenizas con este papel calco de Odisto

*Y, aunque nacieron después de la guerra:
a Pedro y a Ángeles, mis padres, por haberme inventado,
y a Mariángeles, mi hermana, por cuidarme tanto*



Árbol genealógico de la familia protagonista de la novela trazado por el autor.



Mapa de Iberia, territorio donde se desarrolla *La península de las casas vacías*.



Prólogo

Altiplano de Glières, Francia; marzo de 1944

En mitad del cielo, una nube deja de moverse. Se distingue bien de las demás porque flota solitaria. Carece de contorno y es de un tono más pardusco. Se ha detenido sobre el cuerpo de un miliciano andaluz que yace bocarriba en el manto de nieve que cubre el valle. Solo destacan el rosa tibio de la piel del soldado desnudo y el púrpura de sus heridas, en especial el de la cicatriz del hombro, recuerdo de una batalla que no recuerda.

El miliciano no está muerto, duerme con la boca abierta y los pies entre gladiolos. Cuando abre los ojos, la nube despierta también y retoma el movimiento, pero no en dirección nordeste, hacia donde los vientos saboyanos suelen barrer el cielo, sino hacia el suelo. El joven observa que está cada vez más cerca. Se incorpora con la intención de huir, pero no puede caminar. Aprecia despavorido que su propia sombra, proyectada sobre la nieve, no tiene piernas. Antes de echarse las manos a las pantorrillas para comprobarlo, se las lleva a los oídos. Un sonido agudo y familiar lo envuelve. Alza la vista y reinterpreta las señales. No se trata de un nublo, sino de un obús. Se lanza de nuevo al suelo y cierra los ojos. Escucha el fragor de la explosión. No lo ha alcanzado, aunque sabe que las heridas graves no duelen al instante.

Vuelve a abrir los ojos y se reincorpora, feliz de sentir las piernas. Se palpa el resto del cuerpo y se calma al hallarse

de una pieza. El paisaje es ahora otro: la noche ha caído y, pese a que no hay luna ni fuego y a que todo debería estar sumido en una untuosa oscuridad, la nieve deja entrever el verde de los abetos, intenso y refulgente, así como el marrón franciscano de los troncos.

Recuperado, decide adentrarse en el bosque. Pisa la linde y, a traición, recibe un disparo en el cuello. La bala le destroza la yugular. El miliciano grita de dolor. Sabe que la herida es mortal. Se lleva los dedos al agujero para intentar taponarlo. Lo que toca no parece sangre, es rugoso y menos adherente. Aprecia que de la herida le sale arena fina. Por mucho que aprieta, la tierra no deja de manar. Nota que se le desinfla el cuerpo, que se le escapa la vida. Y desfallece.

El miliciano andaluz está soñando. Encadena una pesadilla con otra. En los últimos años, sobre todo durante la guerra civil de su país, ha visto tanto dolor y tantas muertes que estas han empezado a aparecérselo mientras duerme. Teme que, si ve morir a más gente, el sueño se le haga perpetuo y nunca despierte. Angustiado, a la mañana siguiente pide a sus compañeros que lo dejen abandonar el frente. Los milicianos se encuentran en los Alpes, luchando contra las tropas fascistas en la Segunda Guerra Mundial. Sus camaradas aceptan facilitarle la retirada.

El miliciano les hace prometer que, si muere en el camino, cumplirán su última voluntad: que el nombre grabado en su tumba sea el de su padre: Odisto Ardolento. Dice que lo mataron en la guerra civil íbera y nadie pudo encontrar su cuerpo. Les explica que así lo honraría. Sus compañeros le dan su palabra, aunque insisten en que no morirá. Pero

se equivocan: al día siguiente, tras más de setenta días en los Alpes resistiendo los ataques enemigos, decenas de ellos pierden la vida. Hitler los sorprende desprevenidos. Los nazis llegan rasurados y cubiertos de talco para camuflarse entre la albura de la nieve, que enseguida teñirán de burdeos.

Al atardecer, el crepitar de la batalla da paso al fragor del fuego, roto por los mugidos de una vaca que corre ciega campo a través. Nuestro hombre, ahora sí, yace muerto y sin gladiolos en los pies, llevándose a la tumba el nombre que quiso que grabaran en su lápida.

Aquella noche murió la última persona que podría haber dejado en herencia el apellido de Odisto, el protagonista de esta novela, cuya familia pasó de contar con una cuarentena de miembros en 1936 a desaparecer apenas tres años después. Nunca más nacería un Ardolento.

He aquí pues la historia de la descomposición total
de una familia,
de la deshumanización de un pueblo,
de la desintegración de un territorio
y de una península de casas vacías.



PRIMERA PARTE
Simiente

1936

En página 8: El autor en Belchite.

Arriba: La localidad jiennense de Quesada,
Jándula en la novela.

El jabalí de color rojo

Odisto iba a tener un hijo.

Con cada parto, en Jándula, un aire solano sacudía con furia los árboles. Aquella noche primaveral de 1936 el viento destemplado arrastró mucha tierra y cubrió de polvo las hojas de los chopos de las riberas. Aunque a simple vista no pudo apreciarse, los árboles, de hojas asfixiadas, se curvaron lentamente hacia el agua hasta remojar las copas. Odisto paseaba bajo aquel dosel terminando de roer el hueso de un albaricoque, tan absorto que no percibió siquiera que la vereda había perdido el resplandor nocturno del cielo. Los partos le abducían el espíritu. Entre abortos y niños nacidos sin pulso, tanto él como su mujer, María, habían presenciado más muerte que vida. Dicho así parece como si el matrimonio no hubiera podido engendrar descendencia. Nada más lejos de la realidad: el hijo que esperaban iba a ser el octavo.

Por su condición de varón, Odisto no podía acompañar a su mujer en el parto, ya que en su tierra los hombres no debían presenciar el alumbramiento o el bebé nacería descompuesto: una bocanada de arena, entrañas y huesos. Debía esperar alejado de la parturienta. Para hacer tiempo, había bajado hasta el río. Allí se entretuvo en pinchar los frutos de un árbol que emitía luz. Tomó una aguja de pino y atravesó la pielecilla de varias ciruelas tempranas, y de la fruta

horadada volaron crías de luciérnagas. Aquellos insectos se alimentaban de la pulpa verdosa de las claudias, dejándolas huecas y echando a perder la recolecta. Pocos campesinos preferían la luz de las luciérnagas a la cosecha de un año. Tampoco Odisto.

Cuando no quedó ningún fruto iluminado, optó por volver al cortijo, donde el nacimiento iba a tener lugar. Para eso había que atravesar las cinco terrazas de la hermosa huerta, que albergaban cosechas diferentes.

Tras salvar un par de ribazos y desandar el camino del caz, se adentró en la cuarta terraza, reservada para la siembra de verano, donde entonces crecían altos los jaramagos, las collejas y las ortigas. Estas últimas las acariciaba a su paso y no le picaban porque aguantaba la respiración al tocarlas. No tenía una explicación científica, como tampoco la tenía que otro vecino del pueblo, Tomás, hubiera caminado por encima de las aguas del pantano del río Guadalentín con el mismo truco, reteniendo el aire en los pulmones. En Iberia, país al que pertenecía Jándula, con voluntad, paciencia y algo de fe, en ocasiones la lógica se invertía al capricho de sus habitantes. Quizás por eso no debería asombrarnos que en el bancal por el que Odisto paseaba descansaran a la intemperie los instrumentos de un cuarteto de cuerda.

Pertenecían a Ceferino, el director de la orquesta del pueblo. Un par de años atrás, el músico los había tallado en los tocones de unos álamos muertos. Y por eso mismo, al seguir unido el instrumento al árbol, pues nunca lo entallaba tanto como para que se desprendiera del tronco, la melodía se extendía hacia las raíces y, desde allí, hacía vibrar toda la tierra alrededor. En los días festivos, el pueblo se sentaba en los bancales colindantes y sentía la música retumbar en sus

propias carnes: pasodobles, coplas, zarzuelas de Barbieri y *suites* de Falla y Albéniz. Dejaron de hacerlo porque tantas pisadas echaban a perder las cosechas. También Ceferino había descuidado los instrumentos: a la viola le brotaban ahora gurumelos, y a la voluta del violonchelo, una mata de perejil negro. A Odisto le habría gustado oír una canción esa noche de parto. A lo lejos ya distinguía su cortijo, cuya entrada principal lucía repleta de velas. Pronto la abrirían y sabría si hubo milagro o si el niño se quedó en abono para la tierra y había que llevarlo al pozo de San Vicente.

Siete hijos sanos, cuatro abortos y tres criaturas nacidas sin vida. Catorce historias más tarde, Odisto y María rezaban para recibir sano al octavo. Como todos en el pueblo, evitaban pronunciar el nombre del neonato antes de que abriera los ojos y lo elegían escribiéndolo en un papel. En cuanto al sexo que tendría la criatura, si a la embarazada le salían manchas en la cara y se afeaba, iba a ser niña, ya que la pequeña acaparaba para sí toda la belleza; si el vientre se abultaba más por arriba que por abajo, sería niña también, y si la mujer encinta caía al suelo de hinojos, niño; si las lúnulas se le oscurecían, niña, y si le salía una erupción en las corvas, niño. Como María no presentaba ningún signo concluyente, se prestó a que le hicieran lo de la medallita. Consistía en posarle sobre la palma de la mano una cadena, levantarla tres veces con tres golpes al aire y observar el trazado del colgante en el vacío. Si describía círculos, sería niño; si hacía la forma de una cruz, niña, y si se quedaba quieto, abortaría. Pero la cadenita que Escolapia —encargada en el pueblo de aquella tarea— hizo danzar sobre la mano de María se quebró en dos, dejando a esta descompuesta ante el oscuro vaticinio.

Odisto, por su parte, quería que se llamara Ricardo y, si era niña, Gema. Ambos casarían bien con su apellido: Arlodento, o Ardolento. Podía escribirse de ambas maneras. Los funcionarios del Registro Civil de Jándula lo debieron de anotar mal a lo largo de varias generaciones, hasta que llegaron a un punto en que no sabían cuál era el más fidedigno. Los dos servían. Ricardo Arlodento; Gema Ardolento. Otra peculiaridad sobre los nombres en Jándula era que los lugareños gustaban de llevarlos inscritos en una chapita colgada al cuello.

El repique de las campanas de la iglesia marcó la medianoche. Odisto se había sentado en un pilón sin agua que había en la tercera terraza. Acariciaba la chapa de su nombre pensando en el bautizo de su próximo hijo. Aún no habían decidido si le sumergirían la cabeza en agua bendita o si se la hundirían en tierra del desierto —el de Larva lo tenían a cuatro leguas, y el de Tabernas, a tres horas a caballo—. El agua dotaría al bebé de un espíritu fuerte y de una inteligencia mayor, mientras que la tierra lo haría enérgico y tenaz. Desazonado, Odisto decidió acercarse al camino de los tilos, que llevaba a la segunda terraza, desde donde podría escuchar el primer llanto del neonato.

El camino sombreado de los tilos era el lugar donde Odisto y María hacían el amor, pero solo en los solsticios, cuando era aconsejado. En los equinoccios nadie se atrevía a copular pues desaparecía entonces el viento frutal de la fertilidad y aquello no traía nada bueno.

En lo que a esta historia y a nuestros protagonistas atañe, ni Odisto ni María en ninguno de sus arrebatos carnales tu-

vieron la imprudencia de copular fuera de fecha. Pero en la temporada permitida, desde hacía casi veinte años, no había solsticio en el que no se encontraran bajo los tilos. Quizás sea más fácil imaginar la escena si describo el matrimonio. Él rondaba la cincuentena; María era diez años más joven. Eran altos en Jándula, medianos en Iberia y bajos en Europa. Odisto era delgado y con una piel dura como la de los orejones. Un hombre serio, algo esquinado, cuya mirada guardaba todo para sí. María era obesa y afable, sus rasgos no eran delicados, pero tendían a sonreír más que los de él. No le preocupaba su gordura, es más, le gustaba, ya que, desde las epidemias de tuberculosis de los dos años anteriores, estar gordo se asociaba a estar sano. Ambos tenían la nariz ancha y robusta, y pocas arrugas, aunque a Odisto los años le pesaban más que a ella: la barba se le había decolorido y había perdido la frondosidad que antaño le daba calor al rostro. Su pelo era gris como la joroba de una hiena, recio y poblado, formando ondas. María siempre llevaba atado a la cabeza un pañuelo oscuro con pequeños lunares blancos. Quizás lo único que destacaba en la pareja eran los ojos de Odisto, azules con reflejos del color de la simiente del melón, y la perfecta dentadura de María. Dos personas de rasgos comunes que hacían el amor con religiosa frecuencia.

Después de la cópula bajo los tilos, Odisto se encaminaba hacia la iglesia grande del pueblo. Allí, más por tradición que por devoción, encendía una vela al cristo contorsionado que yacía en una de las capillas del transepto; había sido su padre, Jorge, quien le había enseñado a proceder así. De paso, si la hora no era imprudente, charlaba con el párroco, don Robustiano, quien, incluso dando la misa, siempre esta-

ba sentado porque, según decía, lo fatigaba la presencia del Espíritu Santo.

Nueve meses habían pasado desde aquella noche estival en la que Odisto había preparado un lecho bajo los tilos. Acarició las ramas más bajas de aquellos árboles y siguió caminando.

A solo un bancal del cortijo, Odisto creyó percibir en el viento los sollozos de su mujer empujando. Se sentó entre varios haces de habas dispuestos para secarse al sol. Recordó a su vecino Obdulio, a quien de comer tantas habas le dio favismo, se le oxidó la sangre y se murió. Se santiguó y arrojó un puñado de tierra contra el suelo. Se limpió las manos y, mientras se quitaba de encima las tijeretas que le trepaban, fijó la vista en su casa. El cortijo no tenía nombre y contaba apenas con cinco estadales cuadrados. Toda la familia vivía bajo el mismo techo, donde solo había dos dormitorios y una amplia habitación para lo demás. El dormitorio pequeño era el de Odisto y María, cuarto de muy reducidas dimensiones que albergaba un crucifijo sin cristo, con un tallo de cilantro seco en su lugar; un par de fotos apoyadas en una cómoda sin cajones y un almirez desgastado que les había regalado un viajero extremeño. En el dormitorio más grande dormían los siete hijos —cuatro niños y tres niñas— y la yaya Pura, la madre de María, sobre dos flacos colchones de paja, cuyo relleno se comerían durante la guerra. En los dormitorios el calor humano hacía de calefacción en invierno.

Por si fuera poco, también vivía en aquel cortijo un hermano de Odisto, Ángel, desde que se quedara viudo. Veinte años atrás, su prometida Carlota, a quien había conocido en un viaje a Toledo, había fallecido de tisis, la llamada enfermedad de los artistas. Tras la muerte de la joven, Ángel

decidió no moverse del huerto donde la había visto morir, que resultó ser el de Odisto. Juró no abandonar aquel terreno hasta que se lo llevaran al camposanto. Solo se permitía quebrar la promesa para pasear a lo largo del río y de los caces de agua que atravesaban todas las huertas. Con los años, Ángel llegó a conocerlos tan bien que se hizo el mayor experto de la región en sistemas de regadío. Por suerte para la familia, Ángel no dormía en el cortijo, sino en el hueco que formaban las raíces de una higuera. Entraba en el sueño de un tirón con el apacible susurro de las culebras de escalera a su alrededor, que no lo mordían gracias a que, antes de acostarse, se rociaba con un perfume casero a base de alcohol, pimienta roja y madera de agar que sus antepasados trajeron de la guerra del Rif. Ángel nunca volvió a enamorarse. Seguía carteándose con sus suegros, unos aristócratas toledanos que lo invitaban cada año a que fuera a visitarlos, pero su fobia a abandonar el campo se lo impedía.

En la sala restante, que hacía de cocina y salón, descansaban los muebles del ajuar, los útiles para la cocina, la comida almacenada y los aperos del trabajo: celemines, medias fanegas y cuartillos para medir; escobas de rama para barrer y romanas para pesar; una cantarera con tres alcarrazas de agua fresca y otra con dos lebrillos encima, uno para lavar los platos y otro para enjuagarlos; embudos, candiles con torcías, calderos, perolas, escurridores de mimbre; tarros con ciruelas, morcillas que se oreaban, ristras de pimientos secos colgando del techo...

Sobre el retrete no hay gran prosa: un cubo lleno de paja con una tapadera, el cual debía vaciarse con asiduidad, colocado junto al muro de carga trasero del cortijo. Si algún lector encuentra esta descripción somera y quiere más deta-

lles respecto a cómo era el lugar, que me busque y lo llevaré al mismo cubo azul verdoso de mi abuelo, situado en una huerta de Quesada, y tendrá el placer de defecar creando, de algún modo, cierta intertextualidad literaria. Vuelvo a la acción.

Aquel jueves de 1936 Odisto aguardaba el primer llanto de su hijo y María anhelaba su propio llanto de alivio. A la mujer cada vez se le hacían más amargos los partos. De tantas patadas, sus riñones eran ya habas secas; le molestaban al sentarse los huesos ensanchados de la cadera y tenía almorranas del tamaño de achicorias. «Este será el último», se consolaba. A Odisto le partía el alma ver sufrir a su esposa.

Inquieto, acudió al camino principal que lo llevaría directo al cortijo. Le pareció entonces distinguir una sombra en mitad del sendero. Un animal exótico le bloqueaba el camino. Bajo aquella oscuridad, Odisto distinguió dos ojos brillantes y una cresta erizada desde el cogote hasta el rabo que parecía coloreada a mano. El cuerpo era rojizo y el morro blanquinegro. Apenas un gruñido y la extraña criatura dio media vuelta, perdiéndose entre las matas de puerro, donde su piel pinchosa se confundió al instante con la fronda.

«Un jabalí rojo, el animal más bonito que he visto en mi vida», pensó. Tan ensimismado quedó Odisto con la aparición que casi se olvida del llanto de su mujer.

Odisto

No sé por qué, pero lo sé. Sé que un día, y no falta mucho, tendré que marcharme. Lo he soñado. Habrá niebla y ruido y sangre. Me he visto cayendo y hundiendo las manos en otra tierra. Espero que María no tenga que quemar mi ropa. ¡Ay, huerta mía, qué poco quiero alejarme de ti! Si pudiera, como los señoritos, hablarte con las palabras de los libros... Pero los gañanes no leemos, solo cavamos, la mayoría hasta nuestra propia tumba. ¡No te lleves, tierra mía, a otro más! ¡No dejes que mi niño muera!

La casa de la Coneja

La casa de Juliana la Coneja, la vecina más próxima a la familia y prima de María —pese a sacarle casi veinte años de edad—, era el cuádruple de espaciosa que el cortijillo antes descrito, de ahí que aquella noche de parto pernoctara allí el rebaño de hijos de Odisto, además de la propia familia de Juliana: su hijo mayor, Antonio, que solía dormir en la cuadra junto a las mulas, y sus dos nietos: Abundio y Jacobo. Un solo tejado y diez corazones latiendo.

Ninguno dormía, esperando el final del alumbramiento. Aún no tenían noticias del bebé, pese a que, según las contracciones, tendría que haber nacido a poco del ocaso. Juliana era la que estaba más espabilada pese a ir ya por su tercera infusión de amapola. Sufría de los nervios y tanto crío junto la irritaba. A los niños también les preparó una tisana de melisa, salvado y valeriana que no probaron siquiera. Los hijos de Odisto estaban encantados de pasar allí la noche. En el cortijo de sus padres apenas tenían sitio para dormir: se tumbaban con medio cuerpo fuera de la cama, en el suelo, casi encima los unos de los otros. Esa noche, que se preveía de celebración, estaban eufóricos.

Juliana, no sin esfuerzo, solo consiguió domarlos al principio. Los sentó en corro y les preguntó si estaban emocionados por el nuevo miembro que estaba a punto de llegar.

Le respondieron que sí, pero ninguno fue sincero. Los más pequeños sabían que perderían la atención de sus padres, y los mayores, sobre todo las chicas, que el bebé les supondría el doble de trabajo, tanto en el campo, sustituyendo a la madre, como en el hogar. Razón no les faltaba.

Os hablaré brevemente de los hijos de Odisto y de María: José, esbelto y espigado, era el mayor. Le faltaba solo un año para cumplir dieciocho, aunque la mayoría de edad fuera entonces a los veintiuno. Lo seguía Ángeles con quince. Su cuerpo era ya el de una mujer y trabajaba tanto como los adultos. Dos días después de su nacimiento llegó Pablito. Iban a ser mellizos, pero el mozuelo se atascó en el útero y se retrasó. Lo daban por perdido, pero salió gracias a los fórceps —unas rudimentarias tenazas de la lumbre, curvadas y desinfectadas— que tanto mal causaron a María. Pablito era el que sentía una mayor curiosidad política. La siguiente en nacer fue Martina, de doce años. Iba a todas partes con Ángeles, a quien imitaba hasta en el corte de pelo por encima de los hombros. Por debajo, dos niños, también uña y carne: Gonzalo, de once, y Josito, de diez, el hijo ciego. El primero, por haberse criado casi a la par que el invidente, había asumido desde pequeño el papel de lazarillo. Eran muy parecidos, de tez muy morena y cabello rubio de tanto sol. Josito tenía incluso las pestañas blanquecinas, aunque el médico asociara aquella decoloración no al efecto del sol, sino a la esterilidad de sus ojos, que habían dejado yermo parte de su rostro. Al final de la descendencia, Mariángeles observaba el mundo desde sus cinco años. Llevaba el pelo a tazón y la ropa heredada de sus hermanas. Durante aquella madrugada, fuera Ricardo o Gema, una nueva criatura redondearía el número a ocho.

A medianoche, solo uno de los hermanos no revoloteaba por el cortijo: José. Se había ido a descansar al dormitorio de uno de los nietos de Juliana. Era inseparable del mayor, Jacobo. Trabajaban y descansaban juntos siempre que podían. El otro nieto, Abundio, era más solitario; las noches de gente en casa se marchaba con su padre a dormir al establo. Padecía una extraña enfermedad que lo hacía encerrarse en sí mismo: si la exponía al sol o la frotaba, la piel de su cuerpo se deshojaba como las capas de una cebolla. Así había perdido la parte interior del muslo derecho, las reservas cruales de grasa y el anular de la mano izquierda. A mí, como narrador, en caso de que queráis saberlo, la verdad es que me interesa bien poco como personaje, vamos, que ni fu ni fa. Prosigo.

La ausencia de José y de los descendientes de Juliana no hizo que la batahola de los niños fuera menor. La Coneja se encontraba a un paso de dejar las infusiones y pasarse a un láudano casero que preparaba a base de vino de Málaga, onzas de opio, hojas de adormidera, dracmas de clavo y barritas de canela. Con tanto zagal en casa y sus neurosis, le temblaban las muñecas y no sabía qué inventar para apaciguar, con ayuda de Ángeles, aquella barahúnda. Martina, por ejemplo, abría y cerraba todos los cajones con la esperanza de encontrar algo que llevarse sin llamar la atención. La última vez se había hecho con un sacaleches de cristal que utilizaba para hacer ventosa en los hormigueros y coleccionar las reinas. Aquella noche solo había encontrado una cajita con pastillas de regaliz y unos zarcillos de escayola que reproducían el rostro de la Virgen del pueblo.

Pablito, por su parte, revolvía en la buhardilla en busca de la jaula dorada con la que solía jugar de pequeño. Decía que encerraba un pájaro translúcido que no necesitaba ni

agua ni comida y que trinaba si lo ponías al sol. Buscaba a tientas porque Juliana no había querido prestarle un candil, no fuera a ser que pegara fuego al tejado. Sus larguiruchas piernas tropezaban con todos los cacharros allí arrumbados. Al oír la escandalera, Juliana salió corriendo tras él. Como también olvidó llevar consigo alguna luz, ambos acabaron dando tumbos a oscuras: Pablito se descantilló las espinitas contra los goznes afilados de un arcón, y Juliana pisó una azadilla, perdió el equilibrio y se llevó por delante una cantarera.

A su vez, en la planta de abajo, Gonzalo se entretenía observando el hipnotizante reflejo de las llamas de la lumbre en el trashoguero. Asaba castañas de la temporada anterior. Le gustaba ver cómo salían a toda velocidad los gusanos que llevaban meses degustando el fruto. Se acercaba los insectos a los ojos y le parecía distinguir dos cabezas en cada uno que tiraban del cuerpo hacia el lado contrario.

En cuanto a Mariángeles, hacía rato que observaba su casa subida a una de las ventanas de la habitación de Juliana, con los pies sobre un busto de san Juan Bautista —que siempre tenía los ojos húmedos— y el cuerpo en el alféizar. Quería ser la primera en avisar del nacimiento de su próximo hermano.

El niño Josito, el ciego, tenía sus propios propósitos.

Índice

Prólogo

Primera parte / Simiente / 1936

1. El jabalí de color rojo
2. La casa de la Coneja
3. El alumbramiento
4. El pozo de San Vicente
5. El luto y los huesos de cereza
6. El rey de las lámparas y la Niña Bonita
7. La última gota de pintura
8. El cuerpo de Cristo
9. Las cabañuelas y el garbanzo
10. Los dedos arrugados del cielo
11. El pie del Medinaceli
12. La cueva de los durmientes
13. La vaca y el ramito de nomeolvides
14. La hermana bajo la túnica de cuero
15. Los ideales dormidos
16. El viaje a ninguna parte
17. La vuelta al calendario
18. Los ríos bárbaros y las falanges quebradas
19. Las cosechas venideras
20. La última liga en el bar
21. Las matanzas
22. La hiperacusia y la hipocondría
23. El viejo pródigo y la oscuridad
24. La sordociega de las esparragueras
25. El huesecillo de conejo
26. El cerro del olivo solitario
27. La iglesia en llamas
28. El Cerillita
29. La partida de ajedrez
30. El parto de Elena

Segunda parte / Leño / 1936

31. El volcán vacío
32. Los espejos bien cubiertos
33. La lluvia de garbanzos y el espino blanco
34. El almirez y la cúpula anaranjada
35. Las doce madres
36. El caballo de cartón y las acelgas
37. Los viejos petrificados
38. El ojo del mar
39. El tercer bando
40. La antena de los cristales rotos
41. El tiempo entre palacios
42. Los tres nombres
43. El viaje al oeste
44. La arena y la cal
45. La recogida de la aceituna
46. La muerte en el olivar
47. La noche bajo las estrellas
48. Los ocho braseros
49. La tierra sobre el suelo de Toledo
50. La conversación en el reclinatorio
51. Los primeros milicianos
52. La marcha del primogénito y el macetero
53. Los rostros iluminados de Málaga
54. El sótano de la rebotica y el rifle
55. La llegada a Madrid
56. La última cena y la piedra negra
57. La despedida en el horno
58. Las doce bombas sobre el reloj
59. La fumarola
60. Los tres ríos de sangre

Interludio. La región vecina

Tercera parte / Ascua / 1937

61. La mula Rigoberta y el Jarama
62. La lengua geográfica
63. El hambre y los huevos de madera
64. El candil al cielo
65. La ciudad de los andamios
66. Las lágrimas de mercurio
67. Las mantas con rubeola
68. El hijo extraviado
69. La curandera y los huevos podridos
70. Las batallas caducas
71. El árbol de Gernika
72. La hoguera de tres días
73. El Cinturón de Hierro
74. Los niños etiquetados
75. La península de las casas vacías
76. Las cartas sin tinta
77. El acueducto desmontado
78. La última fotografía
79. La virgen de los muérdagos
80. Los óleos fértiles
81. La lluvia de jaulas
82. Las lágrimas ácidas
83. La mujer bizca y el hijo de Hilaria
84. Las botas más grandes de Iberia
85. Paulo en el pazo
86. La santa de las Rías Baixas
87. Los escritores reunidos
88. El Camino de los Ingleses
89. Los restos que encajaron
90. La muerte del novio

Cuarta parte / Ceniza / 1938/1939

91. El volcán lleno
92. El agrietamiento
93. Los tiros de gracia
94. La avioneta quieta sobre Teruel
95. Las heridas futuras
- 96.
97. Las grapas de los quincalleros
98. Los nueve hoyos de cal viva
99. La carta del padre
100. La Noche de San Juan
101. Las trece rosas
102. La batalla del Ebro
103. El último primero de enero
104. La dama sobre el mamut
105. La lluvia de pan
106. Las flores frías de invierno
107. Los disparos de la dedalera
108. Las mujeres vernáculos
109. Los cacillos de agua y el aliso
110. La villa donde sí pasaron
111. Los nuevos colores del Levante
112. El puerto de los olvidados
113. La última estación del viacrucis
114. La comitiva de presos
115. El látigo, el azufre y la zozobra
116. El caligrama del funcionario civil
117. El nicho bajo el almendro
118. Las camionetas verdes
119. La bala de la relojera
120. La vuelta a Jándula

Epílogo

ZABALETA
 AMIGO de
 MARCOLO
 LUCIA 2
 ANA 3
 PARTERA

AL-ANDALUS 5

PURIFICACION 4
 ELEZVIL

UIS-MANUEL 7
 pescha
 Jaque

JUDIOS 14
 REYES
 (Quinta del
 MALAJA)

THOMAS MANN 17 TOMAS VARON

32
 PAGO
 PABLO
 PEDRO
 PONCIO
 PATRICO
 PABUITO
 PABUITO

PAPA LOLO 8
 BURKER

AGUSTINA 9
 "Vato con Tomado"

JESUS 10
 Misericordias

VICENTE 15
 de oro (hugo)
 + CERRO ETOPE
 + COSTENYER HOLVO

PATROCINIO 16
 MIRAS de oro

MARINA 18
 PUPA
 ELISA 19
 ITA
 V23
 V24
 V25

JOSEFA 30
 ROSOS PLATA
 U B U B

CARMEN 26
 TEARCA

CHE 11
 como Juanita P. LOLO
 MANOS de la señora EVA
 MURCE con una COSEYVA

PURA 12
 CYAXAT

MANOLO 13
 BIBLICETA
 VIVE en CERES

S. V. VOTOPPE 65
 mudele para

JORGE 27
 (HUERTA de S)
 - CASAROVA

CELIA 28

JULIANA 31
 (LA TIA JULIANA)
 REAL

MARIA VODISTO 36
 - Recuerdo: 523

PABLO 34

EVA 35
 AGORERA

FELIPE 58

PEDRO 64
 (HUERTERO)
 ANTONIA 62

TISCAR 37
 CLOCA 2 (variedad)

ROSI 38
 VASE

ANA 39
 VIVE con GATOS

FELIPA 59
 DOMINGO

MANOLA 63
 CARLOTA de chate
 mureo hino

MANOLITO 40
 HUBLE COCOLOS
 ROSA

ANGEL 42
 (CORTADO)

JOSITO 43
 (JORDANICCO)

JUANITO 56
 CUSUA DE
 Josito

VICTOR 60
 TRAVESA / venia a sosito con
 No quise ser, lo noche
 12 filas de leche
 MIPACO FERRO

ALFONSITA 41
 TANTAVIVA

JOSITO 43

ANGELES 44
 (MAYOR 114)

FELIPE TO 55
 ABORTO

70 no

ANTONIO 47
 (muerto)
 VUBO

RAFAEL 48
 en Madrid
 para un viaje

PURI 45
 (13??)

ANGELAS 53
 (+ esposa)
 sanatorio en el extranjero

LEYENDA interpretativa

ALBERTO 49
 (Cebada, Quindico)

JAIME 50
 (mujer)

MANVELA 51

PABLO 54
 (Continúa el cole / de putas)
 LE GUSTABA LOPAR

MANUELA 51

MANUELA 51

MANUELA 51

JOSE 52
 (CABO 119)

FAMILIA LEJARA DE CELIA
 MARIJO

MANUELA 51

MANUELA 51

MANUELA 51

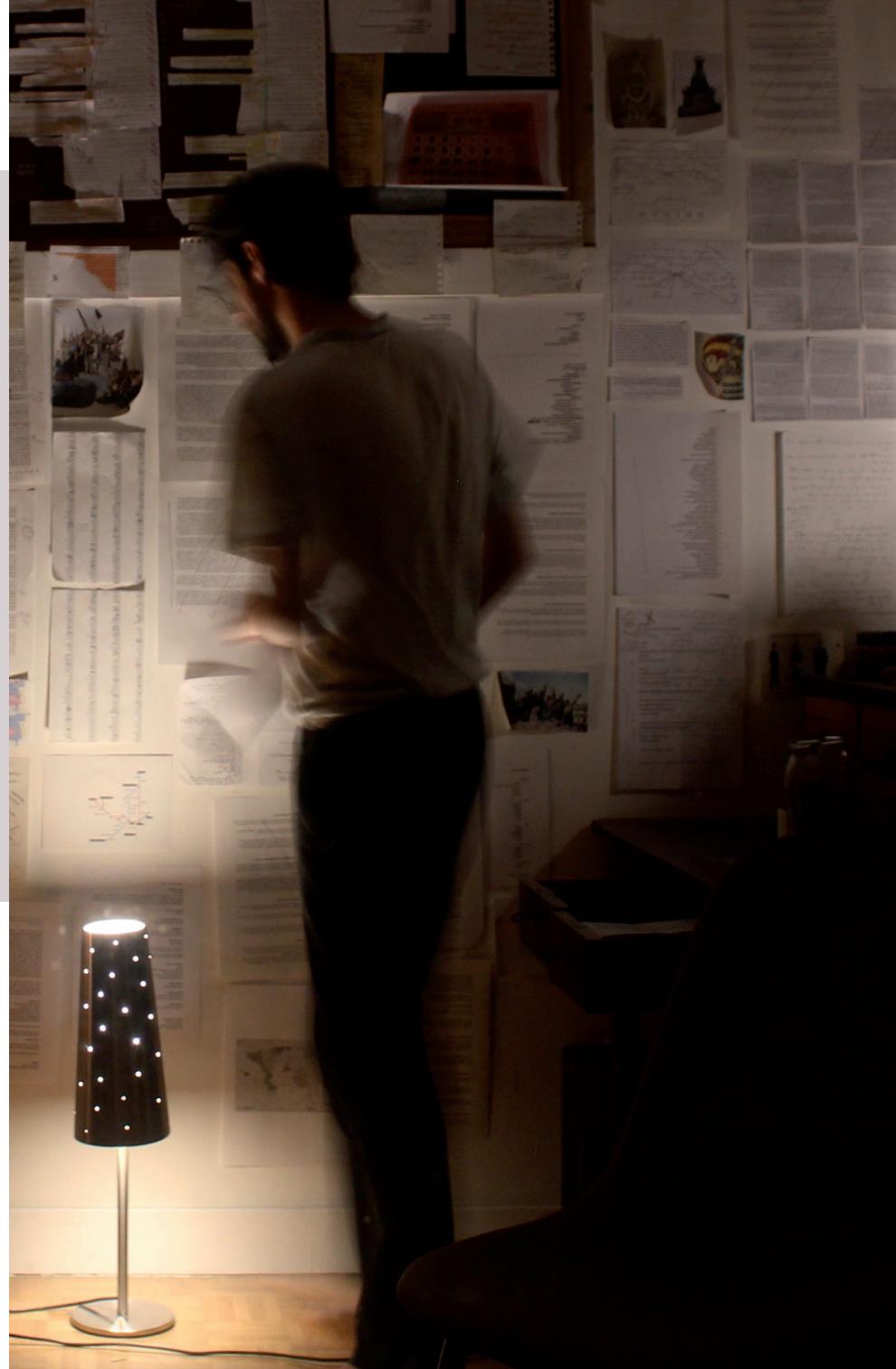
MANUELA 51

MANUELA 51

MANUELA 51

71 / Hija ROUSTANA / 72 V. L. G. G. G.

- ♡ = relación
- = hermanos
- | = hijos
- = otros
- +++ = hermanos



En páginas 30-31: Uno de los esquemas del autor para armonizar la compleja estructura de fechas, historias y personajes.

Arriba: El autor recorrió 25 000 kilómetros, y visitó setenta y cinco localidades en su viaje de documentación y memoria por la geografía española.

«He aquí pues la historia
de la descomposición total de una familia,
de la deshumanización de un pueblo,
de la desintegración de un territorio
y de una península de casas vacías».

«Con una prosa imprevista,
tan original como desacomplejada,
David Uclés es un auténtico
soplo de aire fresco en las letras
españolas».

PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

A LA VENTA EL 20 DE MARZO

Ediciones Siruela